

LA NOVELA HISTÓRICA ARGENTINA MIRANDO UN POCO LA CASA DE UNO

VICTORIA MARTÍNEZ A.

*“En efecto, no está la diferencia entre poeta e historiador, en que uno escriba con métrica y el otro sin ella, que posible fuera poner a Heródoto en métrica, y con métrica o sin ella, no por eso dejaría de ser historia. Empero diferíanse en que uno dice las cosas tal como pasaron y el otro cual ojalá hubieran pasado”.*¹

Aristóteles. *Poética*

La Historia Argentina es en la Argentina una larga serie de relatos hilvanados más o menos coherentemente, en general con bastantes variaciones de un autor a otro, de una época a otra, de un régimen de gobierno a otro. De ahí el epígrafe, que para Aristóteles encierra un pozo de sabiduría profunda, y dice una verdad como un puño ... pero no en la Argentina. Precisamente en la Argentina, quienes nos cuentan nuestra Historia parecen ser acabadamente aristotélicos. La Historia no dice las cosas tal como pasaron, sino exactamente cual ojalá hubieran pasado (y este ojalá en relación directa con lo que en el momento resulte más conveniente).

Creo necesario aclarar que no soy especialista en el tema; la Historia en general siempre me ha interesado como lectora. La Historia Argentina más que eso; con todos sus intrincados laberintos, por momentos me ha apasionado.

La Historia va a la escuela.

La Historia Nacional, como asignatura impartida en las escuelas, no escapa a lo que venimos enunciando.

La escuela media, en general, se constituye en una fuente de propagación de historias mal leídas, mal asimiladas y peor digeridas, para adolescentes que —según parece— no pueden escuchar las cosas tal como fueron.

En este punto entran a tallar otras cuestiones de larga data: la orientación de los programas de las materias, el enciclopedismo en los contenidos, la falta de coordinación entre distintas áreas del saber, y otras vie-

jas fallas del sistema educativo argentino en general, y de la escuela media en particular.

Así, los conocimientos son transmitidos de tal manera que al estudiante le queda la idea de que la Historia Argentina pasa fundamentalmente por Buenos Aires; la materia estudia los hechos y circunstancias que rodearon las acciones de los hombres de la capital, y si viene a cuento, algo de lo que pasaba en las provincias. El puerto, como determinante del movimiento económico y comercial, define el enfoque que se le dará a la Historia que los argentinos deben conocer.

La Historia Argentina y los escritores.

Según parece, para algunos de nuestros escritores la Historia Argentina es la historia de los antepasados: la familia y su memoria llevan en sí mismas el lustroso peso de La Historia.

Recuerdo por ejemplo un párrafo de Jorge Luis Borges escrito para su madre: *tu memoria, y en ella la memoria de mis mayores —los patios, los esclavos, el aguatero, la carga de los búsares del Perú y el oprobio de Rosas*². Por derecho natural de pertenencia, por estirpe, por raza y por convicción adquirida en la cuna, sienten que la Historia les pertenece. Y por tanto la “cuentan” a su manera. Borges no es el único, ni mucho menos.

Para otros, en cambio, la Historia implica una necesidad de búsqueda permanente. A partir de una Historia “oficial” que no termina de conformar ni convencer, surge la “otra” historia. Muchos escritores argentinos, sin producir obras que podamos calificar como *históricas* o de *tema histórico*, incorporan a su obra personajes, problemas,

¹ Edición de la Universidad Autónoma de México. 1945, LX, p. 14

² A *Leonor Acevedo de Borges*. Dedicatoria de las *Obras Completas*. Emecé Editores. Buenos Aires. 1974.

situaciones históricas. Así por ejemplo, *Sobre héroes y tumbas*, de Ernesto Sábato; Ricardo Piglia y *Respiración artificial*; Eduardo Belgrano Rawson y su novela *Fueguia*; María Esther de Miguel y *Jaque a Paysandú*, *Las batallas secretas de Belgrano*, *La amante del Restaurador*; Andrés Rivera, autor de *La revolución es un sueño eterno* y *El farmer*; *La liebre*, de César Aira, entre otros.

En estos relatos aparecen personajes recortados de los libros de Historia Argentina, tales como Manuel Belgrano, Juan Manuel de Rosas, la amante de Rosas, Justo J. de Urquiza, Juan José Castelli, Juan Lavalle, José Gervasio de Artigas, Fitz Roy, Charles Darwin. Personajes que —muertos como hombres hace ya muchos años— siguen levantando polvareda: pueden generar en algunos casos agudas polémicas.

Pero no sólo se hace novela con los muertos del pasado lejano; también los muertos recientes son *novelizados*: Eva Perón es el personaje elegido por Tomás Eloy Martínez, quien titula uno de sus relatos, significativamente, *Santa Evita*. Anteriormente se había despachado con *La novela de Perón*.

La labor de algunos escritores del presente parece ser entonces la de buscar la verdadera Historia, por entre las rendijas que a veces deja abierta la Historia oficial. Moviéndose entre verdades ficcionalizadas y mentiras verosímiles, inmersos en la contradictoria realidad latinoamericana, los escritores intentan penetrar en la realidad "real", leyendo lo escrito del revés.

En estas circunstancias, el novelista no pretende arrogarse condiciones de historiador, no pretende hacer verdaderamente Historia.

Entonces, ¿cuál es el papel que se atribuye a sí mismo el narrador de *ficción histórica*?, ¿qué es lo que sólo la novela puede incorporar a la Historia? La novela, y sólo la novela, puede incorporar a la Historia el fluir de la vida, el río vital de la sangre.

Aquello que en la página histórica es sólo dato, circunstancia cronológica, estrategia política o militar, en la novela debe hacerse calor, color, sabor. Las noticias deben convertirse en vida.

El mercado de lo que le gusta a la gente.

En la actualidad, las relaciones entre literatura e historia tienen que ver también con el gusto de la gente y el mercado. La novela histórica está de moda.

Las vidrieras de las librerías céntricas lucen en atractivas tapas de colores los últimos títulos de la producción nacional en este orden. Las editoriales están conociendo un fenómeno poco frecuente en estos alicaídos

tiempos: títulos de autores nacionales que agotan primeras ediciones, luego reeditados en función de la demanda del público lector.

Muchos narradores argentinos, en estos tiempos de una cultura envasada y empaquetada por los medios, aturdidora y vacía, están procurando conocer y conocerse de otro modo; ponen en el papel sus inquietudes personales como lectores, y a su vez otros lectores, que no se conforman con lo que está mandado, salen a buscar respuestas en estos textos.

La aventura de editar en Córdoba.

En medio de una crisis económica y cultural, vinculada a la falta de una política seria de verdadero apoyo a la actividad editorial, editar un libro en la Argentina (léase Buenos Aires) es bastante complicado. Editar un libro en Córdoba se constituye casi en una aventura. Por razones que tienen que ver con lo económico, pero también con la desigual distribución de bienes y beneficios (Dios es argentino, pero atiende en Buenos Aires...), la producción editorial del interior del país es en general de modesto alcance. Se suelen hacer tiradas reducidas en ediciones económicas de libros de pequeño formato y pocas páginas; las ediciones de autor, costeadas con gran esfuerzo personal muchas veces, no son infrecuentes.

Como vivido cien veces.

A pesar de este panorama tan poco alentador, en julio de 1995 vio la luz en Córdoba una novela histórica de una autora desconocida, respaldada por una empresa editorial que recién se iniciaba en el mercado cordobés. Y para sorpresa de todos, editor y autora los primeros, la novela se constituyó en un éxito de ventas, que obligó a sucesivas reediciones. Estamos hablando de *Como vivido cien veces*, novela escrita por Cristina Bajo, y editada por Javier Moyano, de las *Ediciones del Boulevard*.

La novela de Bajo apareció tímidamente en las librerías en una primera edición de 1.000 ejemplares, que rápidamente se agotaron. Vinieron luego tres ediciones más, que corrieron la misma (buena) suerte. Entonces ocurrió lo insólito: una crítica elogiosa de Eduardo Gudiño Kieffer en el suplemento cultural de *La Nación* (uno de los diarios más antiguos y prestigiosos de la Argentina, publicado en Buenos Aires) le abrió las puertas de la edición nacional. La Editorial Atlántida, en el mes de abril pasado, anunció la coedición, con Ediciones del Boulevard, de *Como vivido cien veces*, con una tirada de 20.000 ejemplares.

El hecho de la coedición es auspicioso para la producción cordobesa, que cuenta con muchos buenos escritores; ellos merecerían igual suerte.

El fenómeno es interesante porque el lector local, al menos hasta ahora, prefería muchas veces comprar una novela mediocre de autor conocido (los famosos best-sellers norteamericanos, por ejemplo) a apostar por un creador local. O por razones económicas, sólo podía adquirir títulos ya consagrados.

Pero de pronto, por alguna misteriosa razón que trataremos de desvelar, se vende como pan caliente una novela histórica de 360 páginas firmada por una señora desconocida.

¿Quiénes son los lectores de *Como vivido cien veces*?

La novela de Cristina Bajo admite muchas lecturas posibles. La autora, con muy buen criterio, ha planteado su relato pensando en los distintos registros culturales de los posibles lectores. Tal vez por allí pase alguna de las razones de su éxito.

Como vivido ... puede ser leída como una novela romántica (a la manera de *Amalia* de José Mármol, por ejemplo). Una trama muy bien trabajada —a más de personajes bien delineados, que entretengan apretadamente sus destinos personales y familiares, sus amores y sus rencores—, mantiene en vilo al lector de principio a fin.

La historia de Luz Osorio, la protagonista, funciona como hilo conductor de la trama de la novela. Luz es una joven de familia acomodada, que desea vivir de una manera bastante alejada de lo que mandan la norma social y las costumbres de la época. Habituada a la vida de campo, prefiere por ejemplo las labores de la hacienda a una reunión de sociedad. Debe enfrentar por esta causa las presiones de su medio.

La sociedad cordobesa de principios de siglo pasado se regía por firmes preceptos de comportamiento; las matronas de las familias principales, en su calidad de madres de familia católica (la madre de Luz entre ellas) eran las naturales encargadas de velar por el cumplimiento de estas normas. Esto generaba un ambiente rígido, falso e hipócrita, en el que cualquier gesto espontáneo podía ser mal interpretado. Luz logra escapar a las limitaciones de su esquema social por vía de un casamiento poco ortodoxo: pese a ser menor de edad, consigue de sus padres la autorización para casarse con un maduro y próspero comerciante inglés.

Su vida cambia notablemente, puesto que logra disfrutar en forma plena de su libertad. Viajes a Europa, vastas lecturas, reuniones sociales, trato con otras gentes,

hacen de Luz una mujer madura y segura de sí misma.

Pero la novela también puede ser leída desde otra perspectiva: a través de los distintos capítulos es posible seguir puntualmente los hechos sobresalientes de la Historia nacional. Cada episodio en la vida de la protagonista se corresponde con un hecho relevante de los momentos históricos que se viven: con notable lucidez, la narración nos va desentrañando los sucesivos episodios de una Historia tan apasionante como la misma trama de la novela.

La Historia Argentina.

En *Como vivido cien veces*. Veamos un breve panorama de la situación general de la Argentina por los años de 1828, fecha de iniciación del relato de Bajo, para comprender mejor su elección de ubicación cronológica.

A partir de la Revolución de Mayo (25 de mayo de 1810, fecha de constitución de una Primera Junta de Gobierno, independiente de España), las provincias unidas se vieron envueltas en luchas sucesivas contra los ejércitos realistas españoles, en pro de la consolidación en el campo de batalla de la emancipación proclamada en los papeles.

Después de las exitosas campañas militares del general San Martín, se realizaron varios intentos por reunir una asamblea de representantes que fijara el régimen de gobierno de la nueva nación. De a poco se fueron perfilando dos posturas, que confrontaron reiteradamente sin acuerdo posible; finalmente llegaron a ser irreconciliables, al punto de que con sus luchas marcaron profundamente el primer medio siglo de Historia argentina.

Unitarios y Federales.

Cada uno desde su perspectiva, creyeron tener la solución a los problemas que debía afrontar el nuevo país.

En 1820 se produce la disolución de las autoridades nacionales, representadas por el Directorio y el Congreso, como reacción del resto de las provincias ante la actitud centralista del gobierno de Buenos Aires, que se arrogaba una autoridad superior sobre las demás provincias.

A partir de entonces se comenzó a consolidar la autoridad de algunos caudillos, hombres que por condiciones naturales de mando se imponían como líderes, que proclamaron gobiernos autónomos de las todavía incipientes provincias.

Los caudillos se manejaron por el sistema de pactos y alianzas con sus vecinos. Estos pactos interprovinciales tendieron a organizar el país por medio de la reunión de un congreso federativo, que se vio largamente postergado por sucesivas luchas internas agotadoras.

Uno de los problemas más serios que debió resolver la incipiente organización del nuevo país fue el de la ocupación de la tierra. El gobierno concedía la propiedad de la tierra a aquellos vecinos que lo solicitasen, siempre y cuando afrontaran por su cuenta los riesgos de la vecindad con los indígenas.

Cada vecino estaba autorizado a formar pequeñas cuadrillas de peones con los que defender lo que se consideraba su propiedad. A partir de esto fueron surgiendo algunos de los grandes caudillos: Rosas, por ejemplo, tenía un gran ascendente personal sobre los peones que trabajaban y defendían sus campos.

Hay que tomar en cuenta, además, que buena parte del actual territorio argentino estaba habitado por esos años por indígenas: toda la extensa Patagonia, las provincias de Chaco y Formosa, parte de Santiago del Estero, buena parte de la provincia de Buenos Aires. Hay que esperar a la campaña del desierto del Gral. Roca, de 1880, para llegar a la "solución final" del problema indígena: el exterminio.

En Buenos Aires, mientras tanto, la burguesía ilustrada estaba al tanto de las nuevas formas políticas y económicas en boga en Europa, y se mostraba proclive en muchos casos a adoptarlas.

Al fin, en 1828, parecieron estar dadas las condiciones para la reunión del Congreso nacional. Pero la revolución que estalló el 1° de diciembre de 1828 puso fin a las ilusiones de una organización definitiva.

Esta revolución, encabezada por el Gral. Juan Galo Lavalle (¿primer golpista de nuestra historia?) desembocó en el fusilamiento del gobernador federal de Buenos Aires, Manuel Dorrego, e inició un largo periodo de cruentas luchas.

En este año de 1828, en una hacienda en el interior de la provincia de Córdoba, Cristina Bajo sitúa el inicio de la acción de *Como vivido cien veces*.

La autora hace aparecer en escena, con evidente pasión narradora, cuestiones largamente debatidas en la época *con la espada, con la pluma y la palabra*:³ la posición del brigadier Rosas entre unitarios y federales; el surgimiento de los caudillos como hombres de poder, pero también como verdaderos mitos vivientes; el general Bustos y el general Paz, y su disputa por el poder en

Córdoba; Facundo Quiroga, el *Tigre de los Llanos*, y los mitos y leyendas que lo rodeaban como un halo; los fidelísimos hombres de Facundo, los *capiangos*; las míticas figuras del Chacho Peñaloza, Estanislao López, el Pancho Ramírez, don Manuel Quebracho López...

La trama novelesca y la trama histórica se cierran sobre sí mismas conformando en el relato una sola historia.

Ésta se cierra en el año de 1835, después de haber seguido a los personajes por los agitados meandros de una peripecia vital permanentemente ligada a la Historia nacional. El último episodio relevante de la Historia mencionado en esta historia es el asesinato del general Facundo Quiroga. Con la muerte de Facundo, y la prisión del general Paz, el gobernador bonaerense Rosas, hábil estratega desde bambalinas de todas estas operaciones, dispondrá de la suma de los poderes públicos durante las próximas dos décadas. Pero ésa, es otra historia...

Cristina Bajo cierra por el momento su relato.

La novela puede leerse todavía en varios registros más: la narradora revela en sus páginas un detallado conocimiento de la geografía de la patria, así también de la historia de sus relaciones comerciales con naciones europeas, en especial Inglaterra; (la Rubia Albión ya estaba por esa época realizando pingües negocios de explotación lanera en nuestras tierras). No falta la alusión a la ocupación en 1821 de las Islas Malvinas por la Corona Británica. De la lectura del relato (considerando la desprotección del lejano territorio insular, prácticamente abandonado a su suerte), no resulta sorprendente que se haya producido la ocupación.

Incursiona también la narradora por el espinoso tema de la ocupación de la tierra y el tratamiento de los primeros pobladores. En Los Algarrobos, la estancia de la familia de Luz Osorio, se procura mantener las buenas relaciones.

Luz, cuando adolescente, tiene secretos amores con un indígena, contrariando absolutamente todas las normas al uso. Ella, que se sabe claramente transgresora, lucha con todo empeño por este amor.

Pero evidentemente los criterios sobre este tema son muy dispares, ya que otra parte de la familia piensa y siente de otra manera. El amante indígena de Luz es muerto brutalmente por unos primos, sin que nunca se plantee la idea de un crimen: matar indios está bien si es necesario, y a otra cosa.

Fernando, uno de los hermanos de Luz, manifiesta su indignación y rebeldía ante estas torpezas; de hecho, termina capitaneando un batallón de ranqueles que pelea

3 Fragmento del Himno a Sarmiento.

rán en las filas de Facundo por la causa federal. Los derechos del indio son reivindicados por la narradora.

La elección de un personaje femenino como protagonista no es casual: Luz Osorio es una mujer diferente al término medio de la sociedad de la época; inteligente, segura de sí misma, mejor preparada para la vida que muchas, Luz reivindica los derechos femeninos: el derecho a la libertad, a la educación, a decidir sobre su propio cuerpo, a elegir la vida que quiere llevar. En este sentido el relato de Cristina Bajo es de gran actualidad: el discurso femenino, siempre relegado, es puesto aquí en primerísimo plano.

Literatura, temporalidad e Historia.

Rodolfo Borello ha reseñado en un interesante artículo la trayectoria de la novela latinoamericana y su relación con la Historia; señala, entre otras cosas, que la actual narrativa histórica se diferencia de sus antecedentes inmediatos por dos características fundamentalmente: el cambio de la temporalidad, no ya vertical sino circular; y la interrelación permanente del relato ficcional con la visión mítica de la realidad hispanoamericana.⁴

En la novela de Bajo se observan estos dos postulados. Por una parte, si bien el tiempo del relato es prolijamente lineal, puesto que de principio a fin no se producen saltos temporales, subyace en el mismo la concepción del tiempo circular. Desde el título mismo, *Como vivido cien veces*, el lector queda advertido. El título de la novela aparece citado sólo una vez:

[Luz.] .. cruzó patios, galerías y cocina hasta salir al terreno que daba a las barracas. Acezando, la ropa desgarrada, la sangre evidenciándose sobre la falda, miró sin saber a dónde acudir.

Y como algo vivido cien veces, vio el círculo de hombres, los caballos inquietos, oyó a Fernando rugir azotando la perrada para separarla de la presa tirada en el suelo.

Nadie la descubrió al principio, nadie se atrevió a detenerla después. Su hermano cubrió los despojos cuando ella de rodillas le arrebató el poncho: era Emanuel.

...bañado en sangre, descoyuntado, los lazos mordiendo hasta el hueso en muñecas y tobillos. Atacado por la jauría, arrastrado por los jinetes, lanceado y mutilado. ¡Tan parecido al Cristo indiano!

4 Borello Rodolfo. "Relato histórico, relato novelesco: problemas", en *Augusto Roa Bastos y la producción cultural americana*. Buenos Aires. Editorial Nova. 1970. p. III.

Fernando, con un juramento terrible: '¡Me cago en Dios y en mi puta sangre!', manoteó el alazán, montó de un salto y le cerró las piernas atropellando la zanja de protección.⁵

Como con la sensación de algo vivido cien veces, Luz se acerca a la terrible escena. Su amante, que lleva un nombre cristiano dado por los jesuitas, ha sido brutalmente asesinado.

Experimenta una sensación de que las cosas se están repitiendo, por una suerte de maldición que pesa sobre las mujeres de la familia. Hace casi doscientos años, en tiempos de los fundadores, ocurrió un hecho similar:

"Decía la tradición que aquel Cristo —un Señor de la Paciencia— había sido tallado por un indio enviado por los jesuitas, hábil imaginero entre otras artes, a quien se le había confiado el maderaje de la estancia. El desdichado se había enamorado de la segunda esposa del fundador —casi una niña— y Don Ignacio, advertido, le había propinado una feroz golpiza, arrojándolo luego a una barranca del río donde los perros cimarrones completaron su obra.

Contaban que por días, en el silencio nocturno, se oyeron los lamentos; que Doña Blanca encaneció prematuramente, arrastrando por años una melancolía pernicioso. Aseguraban que ella no había correspondido al amor culpable, pero Luz se preguntaba por qué, después, ninguna mujer de la familia había llevado su nombre."⁶

Este desdichado volverá luego a rondar a la familia, pero ahora transformado en tigre:

"— ¡¿ Y el indio aquel... ?

— ¿El que se volvió tigre y cada cincuenta años se come un Osorio?"⁷

La Historia, parece decirnos la voz narradora, siempre se repite.

—Dicen —murmuró— que el Facundo tiene "familiar" —y como Luz no entendiera se alzó de hombros—. Cosas de noruegos. Dicen que es un ánima, otramente un bicho que protege a su "dueño" —y se santiguó bajando la voz: —Como un trato con el Malo

5 Bajo, Cristina. *Como vivido cien veces*. Ediciones del Boulevard. Córdoba. 1995. p. 27.

6 Op. cit. P. 15.

7 Op. cit. P.8

¿ves?. Del Fraile Aldao, ni duda: dicen que en San Juan, ahorita días nomás, se bañó en sangre de cristianos. De eso conocés los tratos: hay que alimentarlos con sangre y ánimas. Si no comen, retiran su ayuda.

Mientras Luz contenía la respiración, Severa desmenuzó peperina sobre la yerba, tanteó la pava y sirvió el mate.

— Además el Facundo tiene un caballo, como aquél de tus pecados se llama, digo el Moro, que le canta la suerte del combate...

¿Y qué me contás de los capiingos, ah? Un batallón entero se trae, hoy mismo se lo dijeron al Simón en el fuerte —y la enteró. —Son soldados que se convierten en tigres; no hay tapias que respeten ni ánimas que los maten. Cada cual lucha por diez, comen carne de gentes y chupan sangre de vírgenes.

—Suerte para mí —señaló Luz— porque de ésa me salvo.

—¡No seas burlista, que hablo en serio! Esos desgraciados se prenden al cogote de los hombres, les rajan el pecho y les comen el corazón. Así los uñones, y la cazadora —la uña de rematar— ni te cuento.

Esta vez les prendió el espanto.”⁸

Como vemos, el relato juega no sólo con la concepción de un tiempo circular, sino también con un mundo mágico, que funciona con sus propias leyes y valores. Los hombres valerosos se vuelven tigres en mitad de la lucha; los caballos reconocen a los buenos amos (sobresalientes jinetes), y colaboran con ellos desde un ámbito de sabiduría negado al común de los hombres; los indios se resarcen de la crueldad del colonizador español por medio del mitad hombre-mitad tigre; cada cincuenta años éste cobra a los españoles la deuda de sangre y lágrimas todavía pendiente comiéndose a un Osorio.

La escritura de Bajo mantiene su potencia narrativa en todo momento. El “clima” de la narración no decae. Podríamos seguir transcribiendo citas del texto, pero creemos mejor invitar al eventual lector a descubrirlo por su cuenta.

El relato cierra en un punto de máximo interés, como dejando al lector con deseos de saber más de Luz Osorio.

Según tenemos entendido, se halla en corrección de borradores la continuación del relato en un segundo

volumen, a la manera de una saga familiar, que contará las peripecias de los Osorio en tiempos de Rosas.

A manera de conclusión.

Creemos necesario, a manera de conclusión, realizar una pequeña reflexión acerca del fenómeno que venimos comentando: el creciente interés del público lector argentino por la novela que busca sus personajes entre los hombres de la Historia.

Los últimos años en la Argentina han sido dolorosos. Muchas grandes “verdades” consagradas por la tradición han sido cuestionadas, se han ido cayendo a pedazos. La realidad nos ha pegado duro en muchos sentidos: el llamado “Proceso de Reorganización Nacional” —con su declamada intención de recuperar para la patria “los valores occidentales y cristianos”, puestos en peligro por la “subversión apátrida”— que terminó en guerra sucia y 30.000 desaparecidos. Los años de plomo.

El absurdo triunfalismo con que el gobierno de facto de turno enfrentó la guerra de Malvinas. Los denodados esfuerzos por desarticular la cultura, por lograr la pérdida de interés de los jóvenes por “ciertos temas”. Más recientemente la democracia recuperada, convertida en una farsa...

La novela de Cristina Bajo, si bien se ambienta hace un siglo y medio, trasluce la visión de la realidad de una mujer que ha vivido todo esto. No por casualidad un personaje muy querible de su historia —la Severa, una negra que entregó una vida de amor a la protagonista—, en medio de la turbulencia general es enterrada en una fosa común.

Su lectura de la realidad es una lectura desde los 90, con su trasunto de decepción por la Historia, el sistema, la Argentina del presente. Todo es lo mismo, porque a todo lo hacen los mismos hombres. Todo se repite, como vivido cien veces ...

Sin embargo, pensamos nosotros que el péndulo está volviendo.

Esta saludable curiosidad del lector común por textos que hablan de la Historia con palabras de todos los días nos hacen creer que la gente vuelve a recuperar el interés por las cosas de su propia cultura.

Si así fuera, y ojalá no nos equivoquemos, “... *al gran pueblo argentino ¡salud! ...*”⁹

⁹ Fragmento del Himno Nacional Argentino, de Vicente López y Planes y Blas Perera.

⁸ Op. cit. P. 50.